



El club de los miércoles

África Vázquez

ALGAR
JOVEN

1
RUTH

¿Hay algo peor que enfrentarse a un grupo de casi treinta adolescentes un lunes a las ocho y media de la mañana? Sí: hacerlo después de toda una noche oyendo berrear a un bebé de once meses. Ruth ya no recuerda la última vez que durmió del tirón, y ya no digamos la última que desayunó leyendo tranquilamente en vez de preparando a toda prisa la bolsa para la guardería. Se sabe su contenido de memoria: pañales, toallitas húmedas, una muda limpia, más pañales, un biberón, el Señor Mapache y más pañales.

Mientras repasa mentalmente la lista y reza por no haberse dejado nada, se mira en el espejo del baño de los profesores una última vez. Podría llevar las gafas más limpias y la blusa mejor planchada, y podría haber sujetado con horquillas esos mechones de pelo castaño que siempre se le escapan del moño, pero está presentable, y eso es más que suficiente. Ya de camino al aula de cuarto, se da cuenta de que se le ha colado un pañal en la cartera en la que lleva los exámenes corregidos, y menos mal: lo último que necesita es que

algún gracioso le pregunte por el pañal de ositos en vez de por las notas.

Ruth entra en el aula repitiendo la cantinela de todos los días:

—¡Venga, chicos, sentaos! —Los chicos no se sientan—. ¡He traído los exámenes! —anuncia haciéndose oír por encima del barullo.

Entonces se produce un silencio breve y solemne. Treinta caras se vuelven hacia Ruth.

Luego el caos se desata:

—¡Los exámenes!

—¡Ha dicho que trae los exámenes!

—¿He aprobado, profe?

—¡LOS EXÁMENES!

—Yo no sé si he aprobado, pero he *probado*.

—Deberías probar a no hacer chistes.

—¿Qué nota he sacado yo?

—Profe, ¿he aprobado?

—¡Si no apruebo, me castigan todo el mes!

—¡LOS EXÁMENEEES...!

—¡No voy a repartirlos hasta que no os calléis!

—Ruth pronuncia esas palabras con más esperanza que convicción, pero, sorprendentemente, dan resultado. Se aclara la garganta y empieza a recitar—: Cloe.

La alumna que se sienta justo en el centro del aula se levanta mirando a Ruth con mal disimulada emoción. Cuando está quieta y en silencio, apenas llama la

atención: es menuda, tiene el pelo y los ojos marrones, y siempre va vestida con sencillez; pero es que *quieta* y *en silencio* parecen ser conceptos desconocidos para ella. Ruth está convencida de que lo que la ha convertido en una de las chicas más populares del instituto es esa enorme sonrisa que siempre lleva puesta y que le está dirigiendo a ella en este momento.

—¡Gracias, profe! El próximo examen me saldrá mejor —promete.

—¿Qué pasa, esta vez solo has sacado un nueve?
—Uno de los amigos de Cloe le toma el pelo. Ella reacciona escondiendo con disimulo su nota: un nueve y medio.

—Helena... —Ruth continúa recitando pausadamente los nombres de sus alumnos—. Iván... Begoña... Gonzalo... Melania...

Melania no se levanta. Ruth se gira hacia ella, pero la chica ni siquiera le devuelve la mirada. A Melania le sucede exactamente lo contrario que a Cloe: aunque tiene una cara preciosa y siempre va vestida, peinada y maquillada a la última moda, es bastante discreta y se las arregla para pasar desapercibida. Ahora mismo tiene la cabeza inclinada sobre su cuaderno, se esconde tras su interminable melena castaña con mechones rubios y apoya la mejilla en el puño derecho, aunque es zurda.

—Melania —repite.

Nada.

Los demás se van callando y se vuelven hacia su compañera con una curiosidad casi morbosa. Entonces Ruth se fija bien y se da cuenta de que Melania está moviendo rítmicamente la cabeza.

La profesora entrecierra los ojos y alza la voz:

—¡Melania!

La chica da un respingo y la mira sobresaltada. Se aparta la mano de la cara y entonces Ruth lo ve ahí, pequeño y delator: un auricular en el oído derecho, escondido detrás de un mechón de cabello rubio.

Conoce el truco para escuchar música en clase, pero no le hace gracia. Quizá podría hacérsela si no hubiese pasado una noche infernal y no tuviese la espantosa certeza de que ha olvidado meter al Señor Mapache en la bolsa de la guardería. Pero hoy no está de humor para que sus alumnos le tomen el pelo.

—Ya que no te interesa tu examen, no voy a dárte-lo —sentencia. Melania, que ya estaba levantándose, la mira con la boca abierta—. La próxima vez te lo pensarás dos veces antes de escuchar música en clase.

La chica frunce el ceño, pero se deja caer de nuevo en su silla. Se ha rendido sin luchar y Ruth casi se siente decepcionada.

—Hablaemos después de clase.

Melania no contesta. Ruth sigue pasando lista hasta llegar a Jian, que recibe su seis y medio sin decir una sola palabra, y a Ryan, que hoy no ha honrado al

instituto con su presencia. Va a tener que hablar con sus padres.

La profesora suspira y se pasa una mano con disimulo por el pelo desordenado. ¿En qué momento su vocación docente se convirtió en una gesta?

Hablando de gestas...

—Abrid el libro por la página ciento diez —dice cuando todos los alumnos, excepto Melania, han devuelto sus exámenes—. Hoy vamos a hablar de los cantares de gesta.

Los alumnos abandonan el aula en tropel. Como siempre, Cloe lo hace en primer lugar, colgada del brazo de Begoña, y con Gonzalo y los demás chicos pisándole los talones; como siempre, Helena lo hace sola y al final, arrastrando las zapatillas y con la nariz apuntando directamente al suelo. Ruth espera a que haya cerrado la puerta y solo entonces se enfrenta a Melania.

Siente una punzada de culpabilidad cuando ve que la chica tiene ojeras; tal vez Ruth no sea la única que ha pasado la noche sin dormir. Aunque, hasta donde ella sabe, Melania no tiene ninguna preocupación al margen de las típicas de su edad: viene de una familia sin problemas económicos, sus padres son profesores de universidad y su novio va a un centro privado para jóvenes atletas. Su círculo de amigos es reducido, pero

siempre la ve con Ryan en el recreo (al menos cuando Ryan tiene el detalle de aparecer por el instituto). En general, la considera una alumna amable e inteligente.

Está abriendo la boca para soltarle el clásico y efectivo «no me esperaba esto de ti» cuando Melania parpadea tres veces seguidas. Muy deprimida.

El viejo truco para no echarse a llorar no funciona.

La chica agacha la cabeza y gruesos lagrimones le caen en el jersey lila. La profesora decide pasar por alto la presencia del auricular en la oreja.

—No me gusta que me tomen el pelo, Melania.

—Ruth intenta hablar con firmeza, pero es imposible no apiadarse de ella—. Puedes ver tu examen ahora, pero espero que en el futuro...

—Lo siento muchísimo, profe, pero necesitaba escuchar «Golden» esta mañana, aunque fuese una sola vez —la interrumpe ella, llevándose las manos a la cara—. Significa tanto para mí...

Ruth respira hondo, cuenta hasta diez y se obliga a no preguntarle a Melania qué narices es «Golden». Le parece más importante lo último que ha dicho: «Significa tanto para mí...».

—También significa mucho para ti sacar buenas notas...

—Ya sé lo que vas a decirme, profe, así que no hace falta que te esfuerces. —Melania se frota los ojos y le dirige una mirada vidriosa. Ruth empieza a pensar que

no es necesario echarle la bronca del siglo, ni tampoco la bronca del año; a lo mejor es suficiente con la bronca del día. Pero ella sigue hablando—: Sé que nadie lo entiende, ¿vale? Así que te pido perdón y te prometo que no volveré a hacerlo. Es que «Golden» es tan importante en mi vida...

—¿Qué es lo que nadie entiende, Melania? —pregunta Ruth con cautela. Intuye que las lágrimas de Melania tienen un motivo al margen de la bronca del día (que está a punto de convertirse en la bronca de la primera hora y nada más).

Hay veces que los alumnos son como madejas: van enredándose en sus problemas hasta que se les forman unos nudos tan apretados que llegan a creer que la única solución es desechar el ovillo entero. Ruth sabe que su papel como profe es ir tirando de esos hilos para desenredarlos poco a poco, sin romper ninguno por el camino. Por eso aguarda paciente la respuesta de Melania.

—Se burlan de mí por escuchar a Huntrix —dice, finalmente. Y le tiembla la barbilla mientras lo hace—. Dicen que es de frikis y niñas. Pero ya estoy acostumbrada, supongo.

La verdad es que Ruth no tiene ni la menor idea de qué o quién es Huntrix. Pero ese «Se burlan de mí» y, sobre todo, ese «es de frikis» hacen que olvide de inmediato todo el asunto del camuflaje musical.

Melania no puede saberlo, pero su aburrida profe de lengua recuerda perfectamente todo lo que implica ser la friki de la clase. Cuando estudiaba BUP, sus carpetas solían estar llenas de pegatinas de *Star Wars* y *El señor de los anillos*.

—¿Quién se burla de ti, Melania? —pregunta despacio.

—Todo el mundo.

—Ya lo dudo. Serán solo algunas personas.

—Todo el mundo, profe —insiste ella mientras se aparta la melena de la cara. Es la primera vez que la desafía, pero Ruth está preparada.

—¿Eres la única que escucha a Huntrix en el mundo entero?

—No —admite Melania con reticencia—, son un grupo de *k-pop* bastante famoso. Desde que salió la peli en Netflix y todo eso.

Vale, *k-pop* y Netflix son dos términos con los que Ruth sí está familiarizada. Algo es algo. Y ya ha averiguado que Huntrix es un grupo de música relacionado con una película. Memoriza ese dato para usarlo más adelante.

—Entonces, deduzco que ningún fan del *k-pop* se burlaría de ti por escuchar Huntrix.

—Oh, no te creas, profe: hasta ellas tienen *haters*. —De repente, a la chica se le ilumina la cara; es como si hubiese olvidado que está hablando con una

profesora—. También los tenía BTS al principio. ¿Sabes que fueron el primer grupo que escuché? Y ahora estoy esperando el *comeback*. Los pobres han tenido que hacer el servicio militar, como todos los *idols*.

Haters, comeback, idols... Melania parece dispuesta a provocarle un sarpullido a su profesora de Lengua. Menos mal que está acostumbrada a la jerga de sus alumnos.

—¿No hay nadie que escuche a Huntrix o a BTS en el instituto? —Ruth reconduce la conversación hacia donde le interesa—. Habrá otros fans del grupo...

—Pues yo no los conozco.

—¿Por qué no los buscas?

—¿Cuándo? ¿En clase de Lengua o en clase de mates? —Melania resopla—. Nunca hablamos de música en el insti.

—¿No dabais Música el año pasado?

—¿Tocar el xilófono cuenta como dar Música?

Ruth se muerde la lengua para no expresar su opinión en voz alta. No quiere problemas con otros departamentos; bastante tiene con las batallas campales que se organizan en el suyo.

—Bueno, Melania, yo sigo pensando que cerca de ti habrá más gente que aprecie la buena música —suspira—. De momento, toma tu examen y olvidemos este asunto.

—Gracias, profe. Y lo siento otra vez.

Ruth se pasa los siguientes cinco minutos observando a Melania mientras ella repasa su examen. Por lo menos, ha sacado un siete. Sus notas han bajado un poco con respecto al curso pasado, pero todavía no le parece preocupante. Cuando le devuelve los folios grapados, ya se le han secado las lágrimas.

—Gracias —repite a modo de despedida.

—A ti. —Ruth recoge sus cosas para ir al aula de primero—. Que tengas un buen día.

Melania se marcha y la profesora se queda sola en el aula vacía. Se recrea en esos instantes de paz y decide que, después de todo, no es tan grave que el Señor Mapache se haya quedado fuera de la bolsa por una vez. Le parece más grave que, veinte años después de que ella misma dejara el instituto, algunas cosas no hayan cambiado. Casi puede recordar las burlas de sus propios compañeros de clase cuando se enteraron de que los fines jugaba a *Dragones y mazmorras* con sus amigos del barrio. A veces le habría gustado convertirse en su personaje, una maga superpoderosa, para freírlos de un hechizo.

Al margen de eso, el comentario de Melania sobre tocar el xilófono en clase de Música le ha hecho pensar en algo: en el instituto, apenas les dan tiempo a los alumnos para descubrir el arte en todas sus formas. Ella misma intentó introducir alguna representación teatral del Siglo de Oro cuando empezó a dar clase de

Lengua, pero el departamento enseguida le paró los pies por ser «demasiado creativa».

¿Y si probasen algo nuevo... fuera del horario escolar?

Cuando sale del aula de cuarto, Ruth está aún más cansada que cuando ha entrado. Sin embargo, su humor ha mejorado notablemente, porque una idea interesante está empezando a formarse en su cabeza.

Esa misma noche, mientras Bea duerme plácidamente en la cama que comparte con Ruth (hay una cuna de colecho justo al lado, pero Ruth calcula que su hija la habrá usado unas tres o cuatro veces; lo que más le gusta es dormir con su madre y, para ser sincera, Ruth también lo prefiere así, porque no hay mejor sensación en el mundo que dormir abrazada a su niña), es la profe de Lengua la que está haciendo los deberes, entendiendo por «deberes» ponerse al día con el fenómeno del *k-pop*. Ha tenido que pedirle ayuda a Marta, una de sus mejores amigas, que lleva dándole la tabarra con el *k-pop* desde que comenzó el fenómeno y, hasta ahora, Ruth le había hecho el caso justo. Pero ahí está, con su pijama gris con corazones estampados y el pelo desparramado sobre los hombros, haciendo un bailecito silencioso mientras escucha «Soda pop», de Saja Boys, en bucle. Es una canción superpegadiza, pero

el resto de las que ha descubierto no se quedan atrás, desde «Idol», de BTS, a «Wonderland», de ATEEZ, que ya tienen unos cuantos años cada una.

Mañana por la noche, se promete a sí misma, empezará a ver *Las guerreras k-pop*. Y, de paso, le comprará un regalo bonito a Marta por ayudarla con su (no tan) ardua labor de documentación.

—*My little soda pop!*—sigue canturreando mientras apaga la luz, y solo confía en no darles demasiado *cringe* a sus alumnos cuando, inevitablemente, descubran su recién estrenada afición a la música surcoreana.